

ÁLVARO DEL PORTILLO

COMO SAL Y COMO LUZ
Selección de textos sobre la vida cristiana

Edición preparada por
JOSÉ ANTONIO LOARTE

Texto resumen sobre el libro

El presente libro recoge algunos textos de carácter espiritual escritos o pronunciados por Monseñor Álvaro del Portillo, especialmente durante su servicio pastoral al frente del Opus Dei. En el curso de casi cuatro lustros, pronunció numerosas homilías y discursos, escribió 176 cartas pastorales y mantuvo centenares de conversaciones sobre temas de vida espiritual en reuniones con millares de personas, en Roma y durante sus viajes pastorales por el mundo entero.

Monseñor del Portillo es bien conocido por sus estudios teológico-canónicos sobre la función de los laicos y el ministerio de los sacerdotes en la Iglesia. Estas páginas muestran un aspecto —el de autor espiritual— desconocido por muchas personas. Una vez que la Iglesia aprobó sus escritos, examinados con ocasión de la apertura de la Causa de canonización, y tras haber reconocido oficialmente la heroicidad de sus virtudes, parecía justo poner al alcance del público esta faceta de don Álvaro.

Su prosa, pausada y conceptual, transmite la doctrina de la santificación en el trabajo profesional y en la existencia ordinaria que aprendió de labios del Fundador del Opus Dei; un espíritu abierto a todos los cristianos y especialmente a quienes buscan santificarse en y por medio de las realidades temporales.

CAPÍTULO II

Instaurar el Reino de Dios, por Jesucristo, en el Espíritu Santo

Se abre el capítulo segundo con otras dos expresiones características del Fundador del Opus Dei, que don Álvaro ilustra ampliamente. En la primera se afirma que, para dar a Dios toda la gloria, es preciso poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas: *Regnare Christum volumus!* Son palabras que Mons. del Portillo escogió como lema de su escudo episcopal, al ser consagrado obispo por el Papa Juan Pablo II. Y se llega al reinado efectivo de Cristo sólo caminando en el seno de la Iglesia, bajo el impulso del Espíritu Santo. De ahí la otra expresión fundacional de san Josemaría, que los textos de don Álvaro desarrollan en este capítulo: *omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*, todos hemos de ir, con Pedro, a Jesús por María. En este contexto se sitúan sus enseñanzas sobre los sacramentos y sobre el alma sacerdotal de todos los cristianos, fruto del Bautismo, que nos procura la identificación con Cristo bajo la acción del Espíritu Santo, con la intercesión de la Santísima Virgen.

Omnes cum Petro. La Iglesia hace presente el Reino en la tierra

44 El Romano Pontífice es el fundamento del edificio espiritual de la Iglesia. *Y las puertas del infierno —aseguró el Señor— no prevalecerán contra ella (Mt 16, 18)*. La barca de Pedro, tantas veces azotada por los vientos y las tempestades, no puede hundirse porque Jesucristo va en ella. La nave de Pedro es la de Jesús, el Hijo de Dios vivo. Y nosotros hemos de servir a la Iglesia Santa con toda nuestra alma (...), porque Cristo nos ha llamado para que ayudemos a la edificación de su Iglesia. Esa construcción la lleva adelante el Señor con la correspondencia y la colaboración de todos los cristianos, pero es Jesucristo quien acrecienta constantemente su Cuerpo místico, su Pueblo elegido.

Vamos a decirle al Señor que sí, que queremos ser fieles. Esta lealtad nos llevará a no separarnos del cimiento, de Pedro, porque entonces el templo de Dios que es cada uno de nosotros se arruinaría. Es imprescindible la unión con la Persona y el Magisterio del Romano Pontífice, Sucesor de san Pedro y Vicario de Cristo en la tierra. Por eso en el Opus Dei amamos al Papa, sea quien sea, y nos gusta manifestarle cariño humano y sobrenatural. Permanecer unidos al Papa es el único modo de ser fieles a las palabras de Nuestro Señor, que ha asegurado: *super hanc petram ædificábo Ecclésiám meam*. Es Cristo quien edifica la Iglesia —y nosotros con Él— por medio del Espíritu Santo, pero sobre el fundamento que Él mismo ha puesto. No hay más camino que actuar siempre *cum Petro et sub Petro*, en unión con el Papa y sujetos a su autoridad.

Homilía en un aniversario de la dedicación de la iglesia prelatia.
Roma, iglesia prelatia de Santa María de la Paz, 2-V-1988.
Publicado en “Romana” IV (1988) 101.

CAPÍTULO III

El desarrollo de la vida cristiana

Este capítulo, de corte específicamente espiritual, muestra el desarrollo de la vida cristiana, que se edifica sobre la base de las virtudes humanas elevadas por la gracia al plano sobrenatural. En este cuadro, destacan los puntos esenciales del mensaje de san Josemaría dirigido a todos los cristianos, que don Álvaro desarrolla con su personal estilo: la filiación divina en Cristo como fundamento de la vida sobrenatural; la humildad, base de todas las virtudes; el desarrollo de la vida cristiana sobre esa base, mediante el ejercicio de las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad.

La fe, fundamento de la existencia cristiana

109 «La fe, bajo la guía del Espíritu, nos introduce a una visión atinada y exacta del misterio de Dios y del misterio del hombre; *del misterio de Dios operante en la historia del hombre*. Nadie como el cristiano tiene acceso a la verdad completa sobre el hombre, porque Cristo “revela plenamente el hombre al hombre mismo”» (RH 10). La fe, bajo la guía del Espíritu, nos enseña el fin sobrenatural de la criatura humana, el amor de predilección de que Dios la ha hecho objeto, la dignidad excelsa a la que ha sido elevada; nos descubre —colmo del amor— el anonadamiento del Dios hecho Hombre, que se abaja y se entrega para redimir al hombre de la postración del pecado; nos muestra la intimidad de un Dios que se prodiga en cuidados paternos para que *todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad* (1 Tm 2, 4); nos señala esa ley escrita por Dios mismo en los corazones (cfr. GS 16), que empuja hacia el abrazo del Padre, hacia la felicidad terrena y eterna.

Homilía en la inauguración del año académico de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz,
Roma, Basilica de San Apolinar, 15-X-1986.
Publicado en “Romana” II (1986) 274.

CAPÍTULO IV

La senda de la vida cristiana en el mundo

Una vez establecido el fundamento, se muestra la senda de la vida cristiana en el mundo. Tras una llamada a la urgencia de la nueva evangelización, los apartados de este capítulo se estructuran en torno a algunos puntos cardinales del mensaje de san Josemaría, que ayudan a cualquier cristiano deseoso de llevar a plenitud las exigencias de la vocación cristiana en medio del mundo. Las actividades temporales aparecen entonces como la materia de la santificación personal, mediante la santificación del trabajo profesional y de la vida ordinaria, con una particular referencia al matrimonio, a la familia y al ineludible compromiso social de los cristianos, llamados a empapar con el fermento de Cristo la vida de la sociedad civil en sus más diversas manifestaciones.

El compromiso social de los cristianos

181 Esta fe, que opera por medio de la caridad (*Ga* 5, 6), nos impulsa no sólo a respetar a cada hombre y a cada mujer en su intrínseca dignidad, sino también a sabernos responsables de la construcción de un recto orden social. Cultivamos la honda y urgente preocupación de aliviar las necesidades del prójimo en todas partes, haciendo cuanto esté en nuestra mano para que los principios de la doctrina social de la Iglesia se conozcan y se lleven a la práctica, respetando plenamente la libertad de todos en lo que es opinable, pero ayudando a que nadie, so capa de libertad (cfr. *1 Pe* 2, 16), busque pretextos para desentenderse de colaborar —en lo que esté de su parte— a la solución de muchas injusticias.

Carta pastoral, 1-VIII-1990.

CAPÍTULO VII

El afán apostólico del cristiano

Precisamente porque a la santidad sólo se llega en la Iglesia y por medio de la Iglesia, resulta indispensable el afán apostólico; es el contenido del último capítulo. Llevar almas a Dios (en esto consiste el apostolado cristiano) es tarea de todos los fieles por el solo hecho de ser miembros del Cuerpo místico de Cristo. Por eso, la preocupación por alcanzar la santidad es inseparable del afán de almas, que en todo momento ha de ejercitarse con gran respeto y amor a la libertad de las conciencias.

Mons. del Portillo destaca la importancia del apostolado personal de amistad y confianza y resalta con nuevas luces la noción de la amistad cristiana, tan presente en los Padres de la Iglesia y en las enseñanzas de san Josemaría. Ese apostolado se lleva a cabo con el ejemplo y con la palabra en unión fecunda y armoniosa. Su primer objetivo es comunicar o acrecentar la fe en las otras personas, y muchas veces revestirá una forma bien concreta: servir de instrumento para que las almas alejadas de Dios por el pecado se reconcilien con Él: es el apostolado de la Confesión, en el que tanto insistió don Álvaro.

El capítulo finaliza con algunos textos que resaltan la importancia de las virtudes teologales y humanas en la tarea apostólica; entre estas últimas, se destacan especialmente la laboriosidad, la limpieza de corazón, la paciencia y la valentía, la templanza en el uso de los bienes materiales, el optimismo y la alegría.

El primer apostolado: comunicar la fe

345 Nunca podremos conocer completamente en esta vida los efectos de nuestra actuación —el buen ejemplo o el escándalo causado— en las personas que han estado a nuestro alrededor. Hay una primera y esencial obligación para cualquier cristiano: actuar de acuerdo con su fe, ser coherente con la doctrina que profesa. *Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad asentada sobre un monte, ni se enciende una lámpara para ponerla debajo del celémín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que hay en la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos* (Mt 5, 14-16).

Sin embargo, no basta con el ejemplo. «Este apostolado no consiste sólo en el testimonio de vida. El verdadero apóstol busca ocasiones para anunciar a Cristo con su palabra, ya a los no creyentes, para llevarlos a la fe; ya a los fieles, para instruirlos, confirmarlos y estimularlos a un mayor fervor de vida» (*Apostólicam actuositatem* 6).

Esto no es una cuestión de "especialistas". El Concilio Vaticano II ha recordado la obligación que cada uno de los laicos tiene de hacer apostolado individualmente: «El apostolado que las personas singulares deben realizar, brotando abundantemente de la fuente de una verdadera vida cristiana, es la primera forma y la condición de todo apostolado de los laicos, incluso del asociado, y es insustituible. A tal apostolado, siempre y en todas partes fructífero, pero en ciertas circunstancias el único adecuado y posible, son llamados y obligados todos los laicos de cualquier condición, incluso si les falta la ocasión o la posibilidad de colaborar en las asociaciones» (*ibid.* 16).

Las ocasiones en que ese apostolado puede realizarse son innumerables: en realidad, toda la vida ha de ser un continuo apostolado.